

EL CONCEPTO DE LA RELIGION EN EL RACISMO NACIONAL-SOCIALISTA

Por *LUIS LITUMA*

Profesor en la Universidad Católica del Perú

Debemos estudiar brevemente la proposición del sistema Nacional-socialista que dice:

“La religión está sujeta a la ley de la raza y a esta misma ley debe adaptarse”.

Basándonos en las Ciencias culturales, en la Psicología, en la Metafísica y en la Teología trataremos de valorizar la proposición indicada.

Es natural que un sistema cuyos postulados son panteístas y materialistas biológicos, niegue a la religión un origen divino. Es lógico que en este sistema se la considere un mero producto de la raza, como dicen que lo es también el orden moral, el orden jurídico, y todas las cualidades intelectuales y morales sin las cuales sería imposible hablar de religión, de moral y de derecho.

No discutiremos los postulados de la tesis, pues esta misión ha encomendado nuestra Universidad a otros profesores. Enfocaremos, pues, directamente el problema.

A).—*Las conclusiones de las Ciencias culturales.*

Considerada la religión como un hecho humano, la Etnología, la Historia, la Geografía, nos enseñan cuál es la extensión de éste. cuáles sus relaciones con las diversas razas, cuáles los elementos que doquiera lo integran.

a).—*La religión es un fenómeno esencialmente humano y universal en el tiempo y en el espacio.*

Cicerón, eruditísimo conocedor de la cultura de los pueblos entonces en contacto con la Reina del Mundo, en muchos capítulos de los elocuentísimos frutos de su ingenio, observa atinadamente que la religiosidad sólo aparece en el hombre y que se la encuentra en todos los hombres. “Entre tanta variedad de animales, ninguno de éstos, excepción hecha del hombre, tiene conocimiento de Dios. Y entre los mismos hombres no hay gente alguna, ni tan fiera, ni tan salvaje, que ignore que hay que adorar a Dios, aunque no sepa qué Dios hay que adorar” (Tsc. I, 30; De Igb. I, 24; De nt. dor. L, 43, 44).

Con el decurso de los siglos y el descubrimiento de nuevos continentes y de nuevas islas la aserción circeroniana no ha perdido su actualidad, ni su verdad.

M. Haberlandt, en su Etnografía, resume los resultados de esta ciencia en las siguientes palabras: “Ningún pueblo carace de religión, del mismo modo que no existe pueblo alguno sin lenguaje y sin arte. La controversia suscitada con frecuencia acerca de este punto ha sido perfectamente inútil. Si bajo la idea de “religión” se comprende el concepto de dependencia de poderes invisibles e incoercibles, se puede afirmar que el pueblo más atrasado de la tierra es religioso a su manera”. (1ª Prt., II, IV, 3).

Quatrefages, uno de los antropólogos de mayor prestigio en el pasado siglo, comprobaba que “el ateísmo sólo existe en estado errático. La masa de las poblaciones, dice, siempre y en todas partes está libre de él. Ni una de las grandes razas, ni división alguna importante de éstas es, en parte alguna, atea”.

Si Lubock y algunos otros han soñado en pueblos ateos, éstos no se encuentran. Tiele, el primer escritor de un Manual de historia de las religiones (1870), enjuicia esta opinión: “La aserción según la cual existen pueblos o tribus sin religión alguna, descansa o en informaciones inexactas o en confusión de ideas. Jamás se ha encontrado una tribu o nación que no creyera en seres superiores, y los viajeros que han aventurado esa opinión han sido desmentidos por los hechos”.

No cansaremos al lector espigando textos, comprobatorios de nuestra tesis, entre los príncipes de la Etnología después que aduzcamos el del P. G. Schmidt, cuya fama de lingüista y etnólogo es mundial. Dice en su Manual de H. c. de las religiones, V, b: "En la Etnología moderna ha desaparecido la categoría de pueblos ateos. La gran mayoría de pueblos que otrora eran tenidos por tales, había quedado reducida a los kubus de Sumatra, pero las constataciones de Dongen y de Schebesta han probado la religiosidad de los kubus. El novísimo intento de W. Tessman de descubrir "hombres sin Dios" entre los indios del Ucayali (1928), ha sido rechazado por la crítica etnológica".

Si dejamos ya el panorama del mundo actual y nos fijamos en el hombre prehistórico, los descubrimientos más recientes deponen de su religiosidad. Aduciremos sólo dos testimonios, ambos de acatólicos muy conocidos por su erudición y por su hostilidad al Cristianismo y a toda concepción espiritualista del mundo.

S. Reinach, en la Introducción a "Orfeo", categóricamente afirma: "El hombre en todas partes y en cualquier época en que se le observe es un animal religioso, la religiosidad es, como dicen los positivistas, el más esencial de sus atributos y nadie cree ya con Mortillet y con Hovelacque que el hombre cuaternario haya ignorado la religión".

Guyau, en su demoledora obra: "L'irreligion de l'avenir" confiesa paladinamente: "Después de los trabajos de Roskoff, de Reville, de Girar de Rialle, es una verdad primera adquirida por la crítica contemporánea, que es imposible sostener en nuestros días que existan en la faz de la tierra pueblos absolutamente desprovistos de religión o de superstición... Además, en los tiempos prehistóricos encontramos índices ciertos de la religiosidad de los habitantes de entonces en los monumentos megalíticos (menhires, dolmens, cromlechs), en las sepulturas, en los amuletos y aun en los casquetes craneales, fragmentos de hueso extraídos intencionalmente del cráneo, perforados y suspendidos por un haz". Sin salirnos del campo propio de las ciencias positivas podemos concluir: La religión es algo universalmente humano, es algo propio del hombre y sólo de él.

Si todo efecto supone una causa y una causa proporcionada, lógico es inferir que la religiosidad humana debe tener una causa universal y siempre permanente en el hombre.

Como la raza es una variedad dentro de la especie, ella no puede darnos la explicación de un hecho universal y constante en las razas protomorfas, arquimorfas y metamorfas, en otras palabras: La religión, en el hecho de su existencia no depende de la ley de la raza.

b).—*Las diversas formas religiosas no dependen de las diversas razas humanas, o sea, la religión no está sujeta a la ley de la raza.*

Acabamos de ver que la religión, en cuanto al hecho de su existencia es algo superracial, ahora investigaremos si los diferentes modos de ser de la religión corresponden a los diferentes caracteres que constituyen las diferenciaciones raciales.

Es evidente que si la religión estuviera sujeta a la ley de la raza, a distintas razas convendría distinta religión; cada raza tendría formas especiales religiosas propias; determinados valores y determinadas aberraciones religiosas serían propias de un grupo racial determinado. Sería el caso de aplicar el principio "el operar sigue al ser, cual es el ser tal es su operación, el fenómeno responde al noumeno". La Etnología y la Historia desmienten la pretendida sujeción de la religión a la raza. El monoteísmo, el panteísmo, el politeísmo aparecen, se desarrollan y alcanzan su apogeo entre grupos humanos de cualquier raza.

1).—*El monoteísmo.*

El monoteísmo aparece en las culturas primitivas, mezclado con algunas imperfecciones pero lo suficientemente nítido para reconocerlo por tal. Los trabajos de Lang, de Schmidt y de la Escuela histórico cultural, de Schroeder sobre la "Religión aria" (1914-1916), no deja lugar a duda. Este monoteísmo de los primitivos lo mismo aparece entre arios, que entre americanos (yaganes), lo mismo entre los negros (pigmeos) que entre los austronesios. Nadie hoy en día, después de los estudios llevados a cabo a la luz de los descubrimientos y excavaciones en los países bíblicos, nadie se atreve a suscribir la tesis de Renán sobre el monoteísmo congénito de los semitas. Basta leer la S. Escritura para convencerse

cuán duro batallar hubieron de tener los profetas de Israel para conservar la idea de Dios único en el pueblo escogido frente a la incitación politeísta que los hebreos recibían de la influencia de los pueblos comarcanos, más adelantados y más poderosos que ellos.

Notables indianistas ven en la primitiva religión védica verdadero monoteísmo, verdad es que disiente el notable Max Müller, para quien en el Rig Veda hay henoteísmo o catenoteísmo y no monoteísmo, pero se ha observado que el henoteísmo se reduce a un monoteísmo difuso.

El influjo de las grandes religiones históricas (Cristianismo y Mahometismo) en la difusión del monoteísmo es tal que nadie se atreve a negarlo. Semejante difusión sería inexplicable si todas las razas humanas no tuvieran una capacidad de recepción y de conservación de esta idea.

Hoy, como en los albores del siglo III, podemos escribir con S. Irineo: "La Iglesia esparcida por todo el orbe, —hasta en las regiones más remotas—, ha recibido de los Apóstoles y de los sucesores de éstos, la fe en un solo y único Dios, y esta fe es en todas partes la misma... Pues si bien hay en el mundo muchas lenguas distintas, sin embargo, el vigor de la tradición es siempre y en todas partes el mismo. Y así ni las iglesias de Germania, ni las de los iberos, ni las de los celtas, ni las de Oriente, ni las del Centro del mundo, ni las de Egipto, creen de otra manera, ni enseñan otra doctrina, sino que así como un mismo sol alumbra a todo el mundo, así también la luz de la predicación de la verdad brilla en todas partes e ilumina y alumbra a todo hombre que quiere venir en conocimiento de la verdad" (Adv. haer, I, 10).

El Islamismo, no menos que el Cristianismo, ha alcanzado una propagación asombrosa en todas las razas. En las costas septentrinales y orientales de Africa, en Tracia, en Asia Menor, en Persia, en Afganistán, en Beluchistán, en la India y en el archipiélago malayo, millones de hombres adoran a Aláh, cuyos atributos son un plagio de los de Jehová.

En los planes de la Providencia el Mahometismo ha difundido la adoración del Dios de Abraham y el conocimiento de Jesús, a quien Mahoma consideraba como un profeta, sólo inferior a él mismo.

II).—*El panteísmo.*

El panteísmo religioso es raro; sin embargo, sea en su forma Védica, sea en su forma egipcia antigua, él se presenta sin sujeción a raza alguna. Arios, iranios, drávidos, vedas, mongoles, semitas, camitas lo han conocido.

III).—*El politeísmo.*

El politeísmo naturista, el politeísmo antropomórfico, el politeísmo inorgánico y el politeísmo jerárquico grasan en grupos humanos de las más diversas razas.

El culto sabeísta, especialmente en su forma heliolátrica y de adoración de los signos zodiacales es tan general que la escuela alemana Pan-babilónica sostiene que de Babilonia se esparció por el mundo. El culto telúrico, el lunar, el dioscóricico han sido conocidos en todos los continentes.

El totemismo, la zoolatría y la fitolatría, el fetichismo y el culto fálico, y el ofídico, el animismo y el manismo no son supersticiones cohesionadas con raza alguna.

c).—*Conclusión.*

De lo dicho podemos deducir: ninguna de las grandes categorías a las cuales se puede reducir una religión cualquiera, atendiendo a su idea madre y céntrica, es propia o exclusiva de una raza. Los distintos modos de ser de la religión son independientes de la ley de la raza.

d).—*Los elementos constitutivos de toda religión.*

Hemos visto que la religión es un hecho universal y superracial, hora es ya de analizar los elementos constitutivos y esenciales de la vida religiosa. Antes de buscar la raíz de un hecho es preciso conocer bien su naturaleza.

G. Schmidt nos da una definición etnológica de la religión, en cuya amplitud caben perfectamente la verdadera religión y las falsas, la religión natural y las positivas, las monoteístas y las politeístas.

“La religión subjetivamente considerada es conocimiento y sentimiento de dependencia de una o de varias fuerzas personales suprahumanas, con quienes entra el hombre en mutua comunicación.

Objetivamente es el conjunto de actos exteriores, mediante los cuales la religión subjetiva se expresa y se exterioriza: preceptos religiosos, ascesis, oración, sacrificio, sacramentos, liturgia”. (o. c. I, 1).

A base de los estudios más recientes y mejor comprobados de la Historia comparada de las religiones L. de Grandmaison (Christus, I, I), sintetiza el contenido de los elementos que integran todas y cada de las religiones en los siguientes elementos: 1º Un cuerpo de doctrina, al menos en esbozo; un ciclo de creencias tradicionales sobre el origen y destino del mundo, en particular del mundo humano o de una porción determinada (grupo, raza), de la humanidad. La adhesión a estas creencias en todos los casos no dudosos, es, o tiende a hacerse obligatoria. 2º Un conjunto de reglas de conducta que son impuestas a la acción humana en nombre de un Poder sobrehumano. 3º Un sistema de ritos y de prácticas autorizadas o impuestas, destinadas a establecer, a promover, a regular las relaciones del hombre individual y social con un Poder o poderes concebidos como trascendentes”.

1).—*El dogma.*

“El dogma precede siempre al rito”... “los ritos y los símbolos no son otra cosa sino la expresión sensible de la doctrina, dogma y ritos caminan juntos en la superficie de la tierra y comparten de la misma suerte. La doctrina precede necesariamente al rito y al símbolo, ya que sin ella éstos no tendrían ni significación ni valor alguno y aparecerían cual quimeras” (E. Burnouf: La ciencia de las religiones, I, págs. 40 y 135).

El reconocimiento de un poder o poderes que no dependen de nosotros, que son incoercibles, suprahumanos, superiores y personales es el centro de la vida religiosa. La imaginación y el sentimiento estético podrán poetizar esta idea y dar los mitos, pero la realidad de un dogma es evidente.

Algunos, con Reinach no han querido ver este elemento intelectual de la religión, la cual reducen a sólo un elemento volitivo-

inhibitivo, la moral, pero semejante apreciación es antiexperimental. En efecto A. Le Roy que dedicó largos años al estudio inmediato y directo de las tribus más degradadas de Africa (bantús, hotentotes, nigritas, hamitas) y al estudio mediato de otros pueblos primitivos no africanos, señala nada menos que seis dogmas fundamentales en las religiones de los pueblos primitivos, dogmas que aparecen sí entremezclados y no siempre bien precisos en un farrago de supersticiones, prácticas mágicas y relatos mitológicos. (Véanse en *Christus*, cp. III: La religión de los pueblos de cultura inferior).

II).—*La moral.*

Sostenía hace un siglo E. Burnouf y lo afirma más recientemente B. Tylor, el patriarca del Animismo, que "la religión no tiene relación alguna con la moral, o que esta relación es muy rudimentaria".

La antítesis es sostenida, como ya dijimos por Reinach. Entre no ver moral religiosa alguna, y hacer de la moral toda la religión hay un término medio y verdadero: la moral es un elemento constitutivo de la religión. Así lo confiesan etnólogos cristianos y etnólogos decididamente evolucionistas. He aquí unos cuantos testimonios:

"Es preciso reconocer que todos los que practican la religión se creen obligados. Nunca una persona se determina a practicarla como una cosa libre y porque ella procura ventajas de las cuales se pueda prescindir. Los hombres religiosos han creído siempre que las relaciones que ellos procuran tener con la Divinidad son relaciones queridas por la misma Divinidad, Divinidad en la cual reconocen un verdadero control e influencia sobre los actos. Toda religión contiene una exigencia, y esta exigencia es una exigencia moral, porque la moralidad de un acto está indisolublemente unida con la idea de religión". (Lagrange: *Las religiones semíticas*).

"En la mayoría de los casos, dice Schmidt, las leyes éticas se refieren formalmente al Ser Supremo". Hartmann es más radical en su afirmación: "Es un hecho histórico que toda moral ha nacido de la religión". Reinach coincide con los autores citados: "La humanidad cree instintivamente que hay una relación íntima entre la religión y la moral... Una restricción moral entra en la categoría

de los tabús, cuyas prohibiciones tienen carácter de moralidad permanente... Un rasgo característico de las antiguas legislaciones religiosas es el no distinguir con precisión las interdicciones morales de otras que son de naturaleza supersticiosa o ritual”.

III).—*El culto.*

La vinculación necesaria del culto con la religión es tan evidente que sobra insistir en ella. “La prehistoria ve las primeras manifestaciones de la religión en el cuidado de los muertos (sepulturas musterianas) y en las prácticas de magia ya en favor de los muertos ya de los vivientes” (Bouyssonie: La religión de los tiempos prehistóricos). Por los objetos culturales que se han descubierto en las terrazas y en las cavernas se puede baruntar el culto del hombre cuaternario; del culto del hombre histórico tenemos sobradísimas pruebas.

El dogma, la moral y el culto integran la vida religiosa, en cualquier raza que la estudiemos. El culto es el dogma en acción; el dogma y la moral expresados. El dogma impone, creencias, la moral leyes, el culto prácticas.

B).—*El hecho religioso y la psicología humana.*

Ya que la religiosidad es un atributo esencialmente humano, universal en el tiempo y en el espacio, como lo enseñan las ciencias positivas de la cultura, es lógico buscar en lo que hay en el hombre de esencial, de universal y de perenne la explicación del hecho religioso.

Hemos visto la independencia de la religión respecto a la raza, como ésta está constituida por diferencias trasmisibles corporales, vano empeño será buscar el por qué de la religión en el elemento inferior del hombre, en el cuerpo.

La religión interesa al hombre entero: al entendimiento con sus dogmas, a su voluntad con su moral, al elemento sensible con el culto.

La religión cree en la existencia de seres que ni se ven ni pueden verse; admite leyes que están en pugna con los instintos biológicos; impone prácticas que no tienen el carácter necesitante de las

leyes puramente animales o físico químicas; para nada de esto es apta la materia, pero sí el alma humana que en su condición de espíritu inmaterial, libre e inmortal puede conocer seres inmateriales, percibir relaciones lejanas y suprasensibles y ser objeto de leyes que por autodeterminación pueden ser observadas o violadas.

El hombre no es ni materia pura, ni espíritu puro: es un ser compuesto de alma espiritual que informa un cuerpo y le da su ser propio, y con él forma una sola naturaleza completa. un solo principio de operación, y una sola persona.

El hombre no es una emanación de Dios, pero tampoco un aborto de la nada; si es polvo mortal, si es vanidad humana, es también algo más excelso que todo el mundo visible: es hechura de Dios, creado a su imagen semejantísima, con un destino inmortal.

Grandeza y miseria; un cuerpo que tiende al polvo de que ha sido formado y un alma que de continuo se remonta a quien la ha creado; capacidad de perfección y tendencias que demuestran su naturaleza imperfecta y defectible: tal es el hombre.

Así comprendida la naturaleza humana, así estudiada, nos da la clave de sus vuelos de águila y de sus serpenteos de gusano; nos explica los aciertos y los desaciertos religiosos de que el hombre naturalmente es capaz.

a).—*Función religiosa del entendimiento.*

Con precisión científica llamó Aristóteles al hombre "animal racional"; Pascal, en aguda frase, le dice: "caña pensadora". No hay imagen más apropiada para expresar la debilidad del entendimiento humano.

Pensamos: concebimos ideas, formamos juicios, raciocinamos. El entendimiento tiene su objeto propio: la verdad; cuando la posee se aquieta, se perfecciona, se goza. La duda, la cavilación, la incertidumbre nunca nos satisfacen. Queremos luz de verdad, anhelamos anegarnos en el piélago inmenso de la verdad pura y sin velos, queremos conocer la realidad en toda su extensión y en toda su profundidad.

El niño con sus incesantes preguntas, con sus por qué, para qué, cómo, con su curiosidad insaciable nos dice, desde los primeros destellos de la alborada de su razón, que tiende hacia la verdad.

El hombre de la selva, el de las estepas o el de los fríos polares, el hombre de las terrazas o el de las cavernas, sea un niño crecido, si así lo queréis, pero es innegable que no se encuentra en un estado mental pre-lógico.

“El espíritu crítico reflexivo, llamado lógico por algunos, en contraposición al prelógico, tampoco es una cualidad exclusiva de los pueblos históricos; si con el progreso de la educación el pensamiento se hace más lógico, dice Boas, no es porque cada individuo sea más lógico, sino porque el material tradicional se elabora mejor” (Aranzandi, en la Intr. 1, de la Etnogrf. de Haberlandt).

El hombre, conocido con el epíteto de natural, reflexionará menos que nosotros, pues le falta la educación que tenemos y sabido es que “todo agente obrando se perfecciona”; tiene menos contenidos de conciencia, menos ideas que comparar y sobre las cuales pueda de raciocinar, pero ciertamente raciocina.

Basta observarle cuando inventa, cuando contruye sus instrumentos rudimentarios, cuando los aplica, cuando marcha a la caza o a la pesca, en sus prácticas mágicas, etc., para convencernos que él aplica de continuo conscientemente los primeros principios de la razón: el de identidad, el de no contradicción, el de razón suficiente, el de causalidad, el teleológico y el de inducción.

Es natural al hombre el hábito de los primeros principios; la vida los pone en acto, y con ellos ¡cuán fácil es llegar a conocer suficientemente la existencia de un Dios Providente!, conocimiento iniciado ya por la tradición tribal que él recibe de sus padres y especialmente en el rito de iniciación de la pubertad.

El Aguila de Koeningsberg que se sentía anonadado cuando miraba al cielo y cuando sentía la voz augusta de su conciencia, nos ha dejado en la Crítica de la Razón pura este hermoso y magnífico pensamiento: “Pretender arrebatar alguna autoridad a la prueba de la existencia de Dios que parte del orden del mundo, sería no sólo privarnos de un consuelo, sino intentar lo imposible. La razón apoyada en argumentos tan poderoso, y que cada día se hacen más explícitos, no puede ser rebatida por las incertidumbres de una especulación sutil y abstracta. La razón, ante el espectáculo de las maravillas de la naturaleza y de la estructura majestuosa del mundo, va de grandiosidad en grandiosidad hasta la más alta gran-

diosidad, y de condición en condición hasta el Ser Supremo, Absoluto, que condiciona todas las cosas". (Dial. II, S. 6).

El nombre que juzgamos inferior es impresionado por el espectáculo de la naturaleza, brillante y magníficamente grandiosa; ante ella no se ve cohibido por incertidumbres nacidas de una especulación sutil y abstracta. El, que no concibe una flecha o un arpón o su ingenioso bumerang, si no es fabricado por alguien; él, que se distingue perfectamente a sí mismo de la obra de sus manos; él que comprende que su flecha ha de aptarse a su arco, y el impulso que da a su brazo a la distancia en que se encuentra la presa; él que demuestra su inclinación a la inducción en los ritos mágicos; no tiene dificultades insalvables que sortear para llegar a conocer que hay un Ser superior y Providente, cuyo es el mundo, así como a él le pertenece la ollita o la flecha que labró, a Quien está sometido cuanto ve, como las cosas que él hace le están sujetas.

El dogma central de toda religión: la existencia de algo superior a la naturaleza y de Quien el hombre depende, responde perfectamente al entendimiento.

b).—*La voluntad en la religión.*

El apetito sigue a la potencia cognoscitiva. Al entendimiento cuyo objeto es la verdad, corresponde la voluntad cuyo objeto es la felicidad. La voluntad humana es libre, pero defectible como lo es el entendimiento. Así como las leyes lógicas se imponen al entendimiento, como algo anterior y superior al hombre, así también las leyes éticas se imponen a la voluntad del hombre, quiera éste o no.

Todos los hombres buscamos la felicidad, la buscamos natural y necesariamente. Siempre que obramos, aun en los mayores sacrificios, la buscamos. Como ninguna tendencia natural puede ser falsa, fuerza es reconocer que debe haber algo que corresponda a nuestra sed de felicidad.

La felicidad no es el placer. El placer lleva a la destrucción del individuo y de la especie, al embrutecimiento, y apaga nuestro justo anhelo de perfección. El placer no puede ser la ley del hombre, ya que toda ley natural es conservativa y perfectiva del ser.

El Rey Sabio después de haber libado en todas las copas, se sintió hastiado, no había encontrado la felicidad, y con amargura

y aflicción de espíritu hubo de exclamar: "Vanidad de vanidades y todo es vanidad". "Todo es vanidad menos servir a Dios". Agustín recorrió idéntico sendero, y el mundo le enseñó dónde está la verdadera dicha. Desengañado escribió aquellas hermosas palabras que son la más bella filosofía de la vida: "Señor, nos hiciste para Tí, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Tí".

Descansar en Dios: a eso tiende la voluntad humana. En esta vida esto jamás se logra plenamente: el hombre con razón espera una vida de ultratumba.

Nuestra voluntad experimenta, además, el imperativo del deber. Allá en el santuario íntimo de la conciencia, allá donde no puede llegar mandamiento alguno de los hombres, siéntese la voz de un legislador y los dictámenes de un juez. El remordimiento del pecado más secreto y el gozo del sacrificio oculto elevan al hombre sobre la tierra. Sin embargo, ni la sanción interior de la conciencia, ni las sanciones externas responde perfectamente y siempre a los imperativos de la justicia. ¡Cuántos crímenes sin castigo, o con débil castigo! ¡Cuántas conciencias endurecidas! ¡Cuántos actos heroicos que el mundo desconoce, olvida y quizá castiga! ¡Cuántas angustias aun en las conciencias mejores! La razón exige una sanción eficaz a la conservación y a la perturbación del orden moral, sanción que por faltar en esta tierra, hemos de admitir que existe cuando pase esta breve vida.

La vida de ultratumba, la permanencia de algo del hombre, a pesar de la muerte, exigen de consumo el corazón y la cabeza. Finalmente, nos sentimos débiles ante el deber. Experimentamos un sentimiento de inferioridad, muchas veces, en la vida. No es raro que como el poeta latino veamos y aprobemos lo mejor y sin embargo, sigamos la parte peor. Nuestra debilidad busca un auxilio en quien nos ha dado los primeros bienes, allí acudimos en busca de fortaleza, en demanda de auxilio. La confianza en Dios se traduce en la oración, en la plegaria; la gratitud, en la alabanza y la acción de gracias.

c).—*La unión substancial del hombre y la religión.*

Ninguna idea, ningún sentimiento constante y vehemente, pueden quedar escondidos en nosotros, tarde o temprano se manifestarán con actos exteriores.

La fuerza ejecutiva del sentimiento es indiscutible. La idea tiende a la realización de aquello que representa. Esta motoridad, resultante de la cantidad y cualidad de la idea y de la impresionabilidad del sujeto nos explica la universalidad de las prácticas culturales, que responden a la religión subjetiva, y las diversas formas objetivas, en armonía con los diferentes psiques, de representar las convicciones y los sentimientos religiosos. Unos ofrendarán a la divinidad el hueso más substancioso de la ballena arrojándolo de nuevo al mar, otros esparcirán en el viento la primera miel que han cogido, pero tanto unos como otros quieren con esto reconocer que la caza o el hallazgo feliz es un don del cielo: así nacen las ofrendas, las primicias, el sacrificio.

d).—*Conclusión.*

El alma, esencialmente igual en todos los hombres, aunque cada uno tiene la propia, nos explica la existencia universal de los tres elementos esenciales a toda religión, y la universalidad del hecho religioso. Como el alma forma con el cuerpo un solo principio de ser y de operar y está en él informándolo y unida como el acto está unido a la potencia, debemos afirmar que la naturaleza del hombre explica su religiosidad.

La Psicología nos obliga a afirmar que la religión está sujeta no a la ley de la raza sino a la ley del hombre, que depende de la ley del hombre y no de la ley de la raza, o, para hablar con precisión, a la ley de Quien dió a nuestra naturaleza los impulsos y tendencias a sus propios fines.

C).—*La Metafísica y la religión.*

El Kosmos, agregado inmenso de seres los más diversos, desde el protón hasta los astros, desde los cuerpos simples hasta el hombre, es esencialmente compuesto, finito y limitado en sus perfecciones; contingente; relativo y condicionado en su existencia; mutable y temporal.

Fuera del mundo hay que buscar la razón de ser y de existir del Kosmos. El mundo existe gracias a la creación divina.

Por encima de todos los seres contingentes se encuentra el Ser necesario, "El que es", grito perenne de victoria sobre la nada, fuente de todo otro ser y de toda otra vida.

Más allá de la mutabilidad incesante de las cosas hemos de reconocer que existe un Primer Motor, océano insondable de perfección, sin flujo ni reflujo, que en la tranquilidad de su existencia mueve todas las cosas.

Todo depende de Dios. El ser y el obrar de las creaturas sujetos están a Quien los conserva y concurre con ellos en el ejercicio de la propia actividad.

Todo es de Dios que lo ha creado; todo debe enderezarse al fin que él ha prefijado.

El hombre, creatura contingente y dependiente como las demás, no está fuera de la soberanía divina. Depende de su Creador y está obligado a sujetarse a sus designios.

La Sabiduría y la Voluntad divinas quiere que cada ser cumpla con su fin de un modo en armonía con su propia naturaleza.

Mientras los cielos cantan la gloria de Dios de una manera inconsciente y necesaria, el hombre debe cantarla de un modo consciente y libre.

Y Dios ha impreso en nosotros la ley de sujeción y de subordinación hacia El. Esta ley cuya fórmula suprema es respetar la escala de valores, nos obliga a posponer el cuerpo al espíritu y el hombre a Dios; nos obliga a servir a Dios con todo cuanto somos y con todo cuanto tenemos, es decir, con nuestro entendimiento, con nuestra voluntad, con nuestro cuerpo; lo mismo en cuanto somos personas, que en cuanto somos seres sociales.

El reconocimiento de esta ley y la voluntad de sujetarnos a ella es la esencia de la religión: su fuentes y origen es nuestro carácter de creaturas racionales y libres.

En una palabra la ley de la religión es la ley natural, que no es otra cosa sino la expresión de nuestra subordinación a la Voluntad divina. La Voluntad divina, he aquí la norma a la cual se debe sujetar la religión.

La religión tiene por ley suprema una ley no absolutamente inmanente en nosotros, sino una ley impuesta de fuera, impuesta por Dios. A esta ley debe sujetarse la religiosidad del hombre.

El fundamento ontológico de la religión es pues la relación de dependencia y de subordinación del hombre hacia Dios. Esta relación es necesaria, esencial e ineludible. Nuestro entendimiento ha de rendirse ante la Verdad Eterna e imparticipada, arquetipo de toda verdad; nuestra voluntad, ante la Suma Bondad y Belleza inefable, cuyos reflejos en la naturaleza nos cautivan; todo nuestro ser, ante la Primera Causa, fuente y venero, sin ondas ni remolinos, de todo cuanto tenemos y de todo cuanto somos.

D).—*La Teología y la religión.*

A la dependencia que a Dios debemos no cabe señalar límite alguno. Dependemos de Dios, y como la Voluntad divina no se distingue ni del Ser, ni de la Omnipotencia, ni de la Sabiduría divina, debemos sujetarnos a todo cuanto nos impongan la Voluntad y la Sabiduría de Dios.

Dios nos ha elevado al orden sobrenatural; nos ha fijado un fin excelso que el entendimiento humano es incapaz de concebir y que consiste en verle intuitivamente y gozarle beatíficamente, amándole con amor de caridad eternamente.

Para que podamos conseguir este fin nos da los medios apropiados; y para que conozcamos ese fin y esos medios, y la ley a que debe sujetarse nuestra actividad nos ha dado la revelación.

Frente a esta dignación amorosísima de Dios no nos cabe sino aceptarla y trabajar porque nosotros no la frustremos.

La revelación, la redención, la Iglesia a esto se enderezan. "Dios que en otro tiempo habló en muchas ocasiones y de muchas maneras a nuestros padres, últimamente nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por el cual también ha creado todas las cosas" (Ep. a los hbr. I, 1-2).

Si por ley de nuestra naturaleza hemos de sujetar nuestro entendimiento a la verdad, con mayor razón hemos de aceptar el testimonio del mismo Verbo encarnado, de la Sabiduría del Padre.

Si por ley de nuestra naturaleza hemos de sujetar nuestra voluntad a la ley racional, con mayor razón hemos de obedecer los preceptos que nos impone nuestro Rey Crucificado, que con su sangre nos ha conquistado y nos ha hecho suyos por un nuevo título.

Jesucristo ha impuesto su religión como obligatoria y como necesaria a todos los hombres. El mandamiento de Cristo es la ley a la cual debe adoptarse la religiosidad del hombre.

La ley de Cristo, el Evangelio de Jesús, son ley y anuncio de amor y de caridad. Cristo quiere que su Evangelio sea creído y observado en todo el mundo; quiere que todos los hombres vivan en verdadera fraternidad, formando un sólo rebaño bajo el cayado de un solo pastor; quiere que todos los ojos se levanten al cielo y de todos los labios brote un sentido: Padre nuestro.

En la religión de Cristo deben morir las mezquindades del corazón humano. Ante Dios y ante su Cristo y ante su Iglesia "no hay judío ni gentil, griego ni bárbaro, sino que todos somos uno" por la sangre redentora, por nuestro destino inmortal y por nuestro origen divino.

Todas las razas caben a la sombra de la Cruz. Toda sangre ha sido lavada en la sangre del Cordero inmaculado. Todos los pueblos están llamados a llenar la tierra del buen olor de Cristo.

De este modo la religión cristiana esencialmente católica responde a la universalidad del hecho religioso; de este modo la revelación cristiana, suave destello de quien es "la Luz del mundo" responde a nuestra ansia de verdad; de este modo la religión cristiana, pletórica de esperanzas de una vida mejor, responde a nuestra tendencia a la felicidad; de este modo la religión cristiana, comunicación de quien "es la Vida", responde a nuestros esfuerzos de superación; de este modo la religión cristiana, con su moral de lucha bizarra, de sacrificio y de abnegación, con su Ejemplar crucificado y elevado en el monte, responde a la ley del hombre, ley de heroísmo y no de placer; de este modo la religión cristiana que es el Reino de Dios, responde a nuestra naturaleza social; de este modo la religión cristiana, con su Sacrificio visible y perenne, responde a las exigencias del compuesto humano.

Es la religión de Cristo la única que responde plenamente al hombre porque es la única que viene de Dios.

Y de esta religión de Cristo ha recibido la humanidad sus más preciados beneficios. Ella no destruye los elementos valiosos que en cada raza se encuentra, los conserva, los perfecciona, los ennoblece: el orden sobrenatural no destruye el orden natural, como la

energía vital no destruye las fuerzas físico-químicas que emplea en servicio del ser viviente.

Ningún medio más eficaz para conservar la perfección de la raza que la moral evangélica, moral de pureza, de justicia y de caridad.

El Cristianismo no pone el fin último del hombre en conservar y perfeccionar los índices antropométricos, ni el pigmentum de la piel, ni el color de los ojos, ni la naturaleza y disposición de los cabellos; pero al obrar así es porque salva la escala de valores: el alma por encima del cuerpo, Dios por encima del hombre.

El simple buen sentido dice donde está la verdad. El Evangelio es ley de amor, es religión de caridad, amor de Dios al hombre que le dió su Hijo Unigénito hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz; amor del hombre hacia Dios hasta la sublimidad de los místicos; amor del hombre al hombre hasta dar la vida por el hermano.

Frente a las doctrinas que dividen al hombre, la doctrina que une al hombre con el hombre y al hombre con Dios. La atracción en lucha con la repulsión, el amor en lucha con el odio: el Cristianismo frente al Nazismo. ¿Dónde está la verdad?, los corazones nobles tienen la palabra.

Luis LITUMA.